XXIV Domingo del Tiempo Ordinario C

El rostro del Padre

“Un hombre tenía dos hijos. El menor dijo a su padre: Dame la parte que me toca de la fortuna. Y no muchos días después emigró a un país lejano”. San Lucas, cap. 15.

"¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica su tiempo libre?". Así pregunta José Luis Perales en hermosa canción, ante la presencia de un tercero en la intimidad de una pareja.

Sobre Jesús, el que también se presenta de improviso en nuestra vida, quisiéramos averiguar muchas cosas: ¿Cómo sería su rostro? ¿Qué tal el tono de su voz? ¿Cuáles sus gestos? ¿Tendría sentido del humor?

Los evangelistas no tuvieron en cuenta esos asuntos.

Sin embargo, todavía más que una fotografía de Jesús, más que la grabación magnetofónica de sus parábolas, es importante su mensaje, el conocer sus sentimientos, el saber sus actitudes, el estar enterados de su vida que transformó la historia.

Y esto nos lo transmiten los evangelistas.

Por ejemplo: La historia del Hijo Pródigo, explica claramente el temperamento de Jesús. Nos muestra su verdadero rostro.

Hacemos énfasis en la mala conducta del hijo menor o en el egoísmo disfrazado de su hermano. Pero no. La principal figura de esta parábola es el padre.

Allí Cristo nos dice: Mi Padre y yo somos una misma cosa. Yo traduzco su rostro.

Hay un detalle en la parábola que quizás no hemos captado: Cuando el pródigo regresa, comienza a recitar el pequeño discurso que ha preparado en el camino: "Padre he pecado contra el cielo y contra ti...". Lo había repasado muchas veces, desde que abandonó la hacienda donde cuidaba cerdos.

Pero el padre le impide terminar, porque estrecha al joven en sus brazos. No le responde: "Te perdono. Nos has hecho falta, Olvidaremos el pasado."

Solamente se dirige a los criados: "Sacad enseguida el mejor traje y vestidlo. Ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies".

Volviendo a releer la parábola, cada uno de nosotros podrá, con su experiencia personal, con sus colores preferidos, con sus propios pinceles, dibujar el verdadero rostro de Dios.

Le imprimiremos a sus ojos el gesto de acogida de una madre. Trazaremos en sus labios la sonrisa comprensiva y amable que desdramatiza: Nuestros problemas y nuestros esfuerzos tienen para El una distinta dimensión. Los mira con interés, pero no son tan enormes cómo creemos.

No dejaremos de expresar en ese rostro su amor constante: El que tradicionalmente llamamos Providencia, capaz de acompañar todas las soledades.

Será una imagen que difunda paz, equilibrio y armonía. Al mundo actual le hacen falta rostros de misericordia, de bondad complaciente.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y